

Un necesario homenaje a Guillermo Lora

Bolchevique a prueba de bala

Mucho, y al mismo tiempo demasiado poco, se ha dicho sobre Guillermo Lora, el líder y teórico trotskysta boliviano que dejó de respirar hace cuatro años, el 17 de mayo de 2009, víctima de un cáncer traicionero, pero sobre todo de 88 años cargados de sacrificios, desvelos y la dedicación completa al objetivo de la revolución boliviana.

Lora, venerado por sus seguidores como una "cumbre" insuperable e infalible del marxismo, y repudiado por sus enemigos como "sectario" y "dogmático", no fue seguramente ninguna de las dos cosas, pero sus aportes a la teoría y práctica de la revolución en Bolivia fueron sin duda más amplios, diversos y profundos que los de cualquiera de sus contemporáneos, y aun de quienes lo sobreviven hasta el día de hoy.

Hijo de la Historia

Armado de un marxismo ortodoxo, y sin embargo vital y creativo, Lora dictó un nuevo estilo de hacer política en Bolivia, mezcla de fervor fanático por la lectura con desprecio absoluto por los placeres mundanos, lo que le valió la fama de soberbio y antisocial, pero le dejó empaparse y comprender mejor el complejo proceso histórico y político boliviano.

Pero su lucidez no bebía sólo de libros o virtudes personales, sino además de una fuente muy distinta: del modo íntimo en que vivía las luchas del proletariado y las masas oprimidas, junto a las cuales sufrió, disfrutó y compartió sus capítulos más heroicos.

Entre apresamientos y ocupaciones de minas, huelgas y destierros, el jefe del POR halló, a sus 23 años, la inspiración necesaria para redactar la "Tesis de Pulacayo", el célebre documento minero que lo convirtió en el político marxista de mayor influencia en el periodo previo a la revolución de 1952.

"En verdad, yo no soy el autor de la tesis; me la dictaron los obreros", repetiría cada vez que podía; pero no con falsa modestia, como pensaban muchos, pues tenía clavada la idea de haber sido "apenas un universitario inculto, un insectito, que tuvo la suerte de aparecer metido en medio del proceso histórico, que es lo que en realidad actuaba y por momentos hasta te agigantaba"

Opositor principal del ciclo nacionalista que va del 52 al 70, ideólogo de la Asamblea Popular en 1971, conspirador en las dictaduras militares de los años 70 y 80, y enemigo de todos los gobiernos burgueses de la era democrática, desde la UDP hasta el MAS, al cual apostrofó tempranamente de "gobierno indio de la burguesía", el líder trotskysta fundió su vida con la vida del país que intentaba transformar.

Sus primeros años

Tercero entre cinco hermanos, el futuro jefe del POR cursó la Primaria en Uncía, hizo la Secundaria entre Oruro y La Paz, y chocó por primera vez con su propio destino a los trece años, cuando, sentado en una peluquería de un amigo de su padre, vio colgada en la pared un enorme y horrendo retrato de los mineros asesinados en la "Masacre de Uncía", el año 1923.

"Acaso esa terrible fotografía me inclinó tempranamente hacia el campo social", comentaría en una entrevista realizada cuando ya sobrepasaba los 60 años.

Lora se inició en el marxismo poco después, gracias a una biografía de V. Ilitch Lenin, el jefe de la revolución rusa, que le prestó su profesor Beltrán en Oruro, y se hizo decididamente trotskysta en La Paz, dos años más tarde, deslumbrado con "Literatura y revolución", el primer texto de León Trotsky que cayó en sus manos.

De aire retraído, lector solitario y completamente ajeno a los juegos de la adolescencia, Lora sorprendía a sus profesores, cuando, en el patio del colegio, a la hora del recreo, lo encontraban enfrascado en la lectura de libros tan intrincados como la "Lógica" de Hegel o el "Materialismo y empiriocriticismo" de Lenin.

Quizás por eso, un grupo de maestros del "Ayacucho" en La Paz tuvo la ocurrencia de nombrarlo "profesor interino" en turno nocturno, cargándole, a cambio de dos reales, la pesada tarea de corregir exámenes y dictar clases de Historia a los alumnos adultos, mientras ellos se entregaban a un descanso.

El encuentro con el POR

Lora no fue, como muchos creen, fundador del POR. Se incorporó a la militancia política en 1940, el año que cumplía su servicio militar en Cochabamba, cuando su amigo universitario Carlos Bayá lo presentó a un grupo de intelectuales trotskystas, cuya principal actividad consistía en reunirse a tomar café e intercambiar textos y estudios políticos, con miras a una lejana revolución probablemente importada desde algún país avanzado.

El novel militante quedó impresionado por el elevado nivel del debate que allí se daba, pero pronto comprendió que aquel cenáculo pequeño burgués, entrampado en una suerte de torneo interno de erudición marxista, no tenía

futuro, pues había olvidado un elemento básico del método de Marx: la praxis revolucionaria.

“Semana tras semana se reunían a charlar de qué libro habían leído; hablaban del África, de la China y de todas partes..., mientras en Bolivia había huelgas y mil cosas. Pero nada, los tipos vivían fuera de órbita. Y además nadie les daba importancia, eran gente inofensiva. Una curiosidad; eso era el POR”, recordaría con buen humor 40 años después.

Persuadido de que perdía su tiempo, Lora empacó sus maletas con rumbo a La Paz, el centro de la política boliviana, con el plan de vincular al POR a las capas populares, donde intuía se hallaba la llave del futuro.

Golpes del destino

Apenas instalado en La Paz, fue en busca de sus ex compañeros de colegio y de su viejo amigo el artista Miguel Alandia Pantoja, los convenció de unirse a su causa, y juntos organizaron las primeras células de obreros y estudiantes trotskystas.

Inexpertos aún en asuntos de organización y trabajo clandestino, pero deslumbrados por las arengas y explicaciones de su líder, los nuevos militantes lanzaron una descomunal campaña de propaganda mural, echando vivas a la dictadura del proletariado y muertas al gobierno de Peñaranda y el imperialismo, aunque con poco cuidado sobre las consecuencias.

Un día de enero de 1942, de la noche a la mañana, La Paz amaneció empapelada de consignas trotskystas. Toda la prensa se hizo eco inmediato, con escandalosos titulares de primera página denunciando la presencia en Bolivia de “una célula de la Cuarta Internacional”, lo que obligó a la policía a movilizarse de inmediato.

“No merecíamos tanta publicidad; era una cosa de niños”, diría Lora al cabo del tiempo. Sin embargo, la niñería despertó una cacería feroz, que desbarató casi instantáneamente la actividad de la célula y empujó a su principal dirigente a la clandestinidad y camino al interior del país, en busca de refugio.

“Fue esa persecución policial la que, casualmente, me empujó a Oruro y, de ahí, a los centros mineros, donde choqué por primera vez con el proletariado minero y, junto a otros camaradas perseguidos, iniciamos la penetración del POR a las minas”, explicó el líder trotskysta varios años después, al evaluar el golpe del destino que terminó ligándolo definitivamente a los mineros.

Una vez asentado en su nuevo y precario modo de vida, Lora tomó una extraña pero provechosa decisión: se “encerró” en la habitación de tres por dos que alquilaba por casi nada a un campesino orureño, sin más mobiliario que un camastro para dormir, un anafe y una lata para cocinar, una sumaria dieta de papas y camotes, y toda la literatura marxista que pudo

conseguir. Así alcanzó la hazaña de leer uno o dos libros por día durante todo un año, abandonando su refugio sólo excepcionalmente para dictar cursos de política a los mineros.

La semilla del marxismo

Ya a mediados de 1940, un Lora apenas maduro pero con una agitada vida repartida entre la universidad de Oruro y los centros mineros, sacudió, con un soplo de frescura y lucidez, todas las interpretaciones de una izquierda perpleja frente a la complejidad de un país a medio camino entre la opresión imperialista y el latifundismo semifeudal, con su sencilla caracterización de Bolivia como "país capitalista atrasado de economía combinada, no dependiente sino integrante de la economía mundial".

Su pensamiento, a menudo menospreciado y pocas veces comprendido, cobró fuerza material al contagiarse masivamente al proletariado minero, en noviembre de 1946, con la aprobación de la famosa "Tesis de Pulacayo", esa especie de "biblia" revolucionaria que guió los pasos de los mineros durante décadas enteras, atravesando la experiencia de una revolución y todo el ciclo de gobiernos nacionalistas de izquierda y derecha en el siglo XX.

Igualmente, el insólito pronóstico de Lora sobre la inviabilidad del nacionalismo, lanzado poco después del abril de 1952 como una bofetada en el rostro de las masas hipnotizadas por el MNR, lo dejó momentáneamente aislado, pero quedó plenamente confirmado más tarde, exponiendo la lucidez de un cerebro fecundado por el método del materialismo histórico.

Dos décadas después, en el auge de su madurez revolucionaria y tras derrotar política e ideológicamente al nacionalismo, Lora logró soldar al POR y las masas bolivianas en la inolvidable experiencia de la Asamblea Popular, el primer "soviet" de la historia boliviana y, como dijo él mismo, "la única vez que la clase obrera boliviana tocó las puertas de su propia dictadura".

El jefe del POR llegaría a la conclusión, en sus últimos años de vida, que aquel lapso de 25 años que separa a Pulacayo de la Asamblea Popular, fue para Bolivia un periodo histórico de ascenso revolucionario constante, en que el proletariado local no sólo asumió gradualmente su rol de "sepulturero de la sociedad capitalista", sino que logró arrastrar al conjunto de la nación oprimida hasta las puertas de la revolución social.

El golpe gorila del entonces coronel Banzer –explicó Lora–, concebido y ejecutado en el marco de la "Operación Cóndor" de alcance continental, propinó un puñetazo demoledor al proceso anterior, del cual las masas, la clase obrera y su partido no han logrado sobreponerse hasta el día de hoy.

Hombre de carne y hueso

A despecho de su magistral dominio del marxismo y su total entrega al proceso histórico, Guillermo Lora no fue sino un hombre y, como tal, no pudo sustraerse a los grandes signos de su época, entre los cuales el apogeo del neoliberalismo y la crisis internacional del comunismo no pudieron menos que sobrepasar sus ya menguadas fuerzas.

Tampoco, como ser humano, pudo dejar de incurrir en errores de magnitud diversa. Entre ellos –lo confesó él mismo en sus últimos escritos–, quizás el mayor fue el de no haber sabido llevar al POR y la clase obrera a la conquista del poder.

De hecho, el líder trotskysta dedicó casi todos los días de los últimos cinco años de su vida a un implacable repaso de las principales equivocaciones cometidas por su partido a lo largo de su historia, dejando por escrito pistas certeras para quienes se decidieran a seguir sus pasos.

Sus monumentales “Obras Completas”, originalmente presentadas en 67 tomos y que pronto llegarán a 70 merced a la publicación de tres volúmenes póstumos, constituyen una guía inexcusable sobre la historia y los problemas teóricos de la revolución boliviana en el siglo XX.

“El POR ha producido una montaña de libros que todavía esperan al cerebro que los convierta en invaluable piezas de teoría”, dijo Lora alguna vez.

Instituto de Investigaciones “Guillermo Lora”